

# EL CENSOR

SEMENARIO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DIAS 1, 7, 13 Y 23 DE CADA MES

AÑO II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En Orihuela . . . . 0'50 ptas.  
En provincias, trimestre. 2'00 »

REDACCIÓN, S. PASCUAL, 16 Y 18.

ADMÓN., P. SAGASTA, 5,

ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

A precios convencionales.  
Los pagos son adelantados

NÚM. 15

Orihuela 15 de Marzo de 1907

## Dá vergüenza

Nuestras calles y plazas, presentan durante el tiempo en que se llevan á efecto las mondas de las acequias que cruzan la población, un aspecto repugnante, impropio de ciudades de la categoría de la nuestra. Si á esto se añade las olores que emanan del tarquin y que indudablemente son nocivas para la salud fácilmente habrán de sentir vergüenza por todo ello, todos los buenos oriolanos, que amantes de su tierra, quisieran que esto se corrigiese para que nadie pudiera pensar que en higiene estábamos á la misma altura que los más atrasados de los países incultos.

No ignoramos, que de esta operación, no puede prescindirse en ciertas épocas del año, pues con ella se facilitan el discurso de las aguas por sus cauces, y esto es de suma importancia en terrenos eminentemente agrícolas, cual es el nuestro y en el que por consiguiente, nuestra riqueza estriva en casi su totalidad, en la agricultura; pero si esta operación, de monda, no puede dejar de hacerse, en cambio debieran estudiarse los medios para llevarla á la práctica en forma que no revistiera un peligro para la salud pública y que de manera tan sucia afeara nuestras ya de por sí sucias calles.

Al tratarse de esta cuestión, en cierta ocasión, propuso, ó presentó un proyecto nuestro respetable amigo D. Atanasio Garcia Cubero, en el que se proponían los medios para que sin hacer gastos extraordinarios pudiesen llevarlo á la

práctica, y para ello, bastaba dedicar á él la cantidad que hoy se dedica á las mondas de las acequias. Por razones que no vienen al caso, y que al apuntarlas y discutirlas, habrían de hacer que este trabajo resultara largo en demasia, dadas las dimensiones de EL CENSOR, las dejaremos en gracia de ello, y nos concretaremos á apuntar alguna idea por si las autoridades competentes en el asunto, quieren recogerlas como suyas, haciéndoles por nuestra cuenta notar, que con ello merecerían los plácemes de sus administrados.

Uno de los puntos más principales en el asunto, que motiva este artículo, es el de la higiene. ¿Por qué las autoridades no procuran que la extracción de arenas y tarquines se llevaran á efecto por la noche, al igual que se hace con los pozos negros y con los sumideros? ¿Pues que, aun como estos, no contienen tanta materia perjudicial para la salud pública, dejan de ser antihigiénicas las emanaciones que se desprenden del tarquin? No, á todas luces son peligrosas dichas emanaciones y ello no hay necesidad de probarlo, pues hasta los más logos en estas materias, conocen la influencia que ejercen en nuestro organismo.

Otra de las cosas, también muy principales, que deben tener en cuenta los que nos gobiernan, es la suciedad, que como única dueña y señora acampa estos dias en nuestra población, que más que tal, parece monte arenisco donde nunca hubiese entrado la planta del hombre civilizado. Las arenas que forman montones en nuestras calles, nos hará pasar á los ojos del forastero, como pueblo que carezca

de ordenanzas municipales y que como resultante de ello, carezca de la estética que hoy se observa en cualquier población medio modernizada, de la limpieza, que otros pueblos disfrutan, pues más afortunados que nosotros, no penden de un fuerte viento que llene sus casas de arena, y lo que es peor, que al respirar, nos las traguemos con toda la serie de microbios que en el tarquin se desarrollan.

La monda debía efectuarse de noche y hacerla en forma distinta á la en que hoy se practica; esto es, que conforme se fueran extrayendo las arenas, se depositaran en los carros que hubieran de transportarlas fuera de la población, en vez de dejarlas formando montones en las calles de esta; de esta suerte se habrían conseguido dos cosas, primera y principal, lo beneficioso que seria para la salubridad pública la desaparición de nuestras calles de las tantas veces citadas, arenas y tarquines; y segundo que durante el dia estuviera limpia la población y no pareciera esta, parte de los desiertos de Sahara, en donde merced al viento, ó capaceros se levantan en forma piramidal infinidad de montones de arenas y tarquin.

## EL COCHE DE PUNTO

CUENTO

«Juanín del alma mía: Mañana á las seis te espero en el jardín de mi tío Sisebuto, por tal parte de los azofaitos. Salta la tapia y apóyate en el invernadero, pero sin hacer

te pupa. Estaremos solos debajo del alcornoque grande. ¡No faltes, por Dios, á las seis en punto, ¿eh? Tu puntualidad me dará la medida de tu cariño y decidirá nuestra suerte. Adiós, adiós. Tuya hasta más allá de la tumba fría. —Pan-  
cracia Somormujo.»

Esta interesante carta me obligó á despachar precipitadamente mis asuntos aquel dia, para poder acudir á la cita con la debida oportunidad; porque mi Pancracia, que era una fiera de la clase de hijas de familia, no transigía nunca con mis retrasos injustificados.

Mas ¡oh desgracia intensa! no parece sino que todo el mundo se conjuró aquella tarde para impedir la realización de mi deseo.

Habían dado ya las cinco, y tenía yo en casa al ordinario de mi pueblo participándome el hundimiento de una bodega mía: al chico de la imprenta de «El Hipo Nacional» pidiéndome por Dios, los versos que habían de salir aquella misma noche; el sastre con un traje nuevo en el período de prueba; á mi amigo Rosconceto, solicitando mi intervención en el duelo de un cómico chirle con un crítico avinagrado.

Y el tiempo transcurría velozmente, y mi cabeza sí que era un bombo, ó mejor dicho, una bomba, y la hora de la cita se acercaba, y sólo el pensar en la distancia que separaba mi casa del hotel de don Sisebuto, me producía congojas y bascas.

Por fin despaché á toda aquella gente.

Miré el reloj; faltaban diez minutos para las seis y no era posible ir á pie hasta el hotel consabido. Se imponía, pues, la necesidad de coche «simón».



Salí á la calle y tardé en encontrar uno. Pero lo encontré al fin. Al fin de la calle de Fuencarral.

El cochero dormía y al caballo le imitaba.

—¡Eh!... ¡tú!... ¡cochero!... grité, tirando al «simón» de la capa.

El hombre seguía como un ceorro.

—¡Despabilate, animal! —le dije más fuerte, golpeándole la nariz con el bastón.

—¿Qué hay, señorito? —contestó el auriga, desperezándose.

—¿No oyes que te llamo?

—Dispéñeme, caballero; como he pasado la noche en vela por causa de una prima...

—Bueno, pues llévame á escape al barrio del Pacífico, hotel número 100.

—¡Maldita sea tu estampal! —murmuró el cochero, encendiendo un pitillo pausadamente.

—¿Por qué gruñirá este bárbaro? —me dije yo acomodándome en el vehículo.

Este era un clarens destrozadísimo, pero mal oliente.

Pasaron dos minutos.

—Pero, ¿andamos ó no andamos? —exclamé un poco amoscado:

—Ya voy, hombre, ya voy, —contestó el del pescante, y descargó un trallazo sobre el penco, diciéndole con voz persuasiva: «¡Arre, caballo!»

Inútil pretensión. Aquel jamelgo parecía un funcionario inamovible.

—¡Hombre! —añadí— despierta á ese animal, porque, según se ve, también ha pasado la noche velando por causa de alguna yegua.

(El cochero) —¡Arre!

(Yo) —Gracias á Dios!

Esto lo dije porque el caballo despertó y anduvo...

—¡Cochero!

—¿Qué hay?

—¿No podemos ir más de prisa?

—No, señor.

—Pues á este paso vamos á fallecer bajo el peso de los años antes de terminar el viaje.

—¿Quería usted ir en volandas, verdad? Pues eso no puede ser. El caballo está cojo y además padece accidentes catapléuricos en cuanto se agita un poco.

—Bueno, bueno. Calla y sigue.

Miré el reloj. Eran las seis y cuarto.

Jamás pudo esperar un cuarto de hora mi Paneracia, y la catástrofe era segura.

Porque ¡cualquiera convencía á la impaciente joven de que yo lle-

gaba tarde por haber tomado un coche en lugar de ir á pie!...

De pronto el cochero se detiene.

—¿Qué ocurre? —pregunté al cochero.

—Queno hay quien pase por aquí —me responde.—¿No ve usted un carro de mulanzas hecho añicos en medio de la vía?

—¡Válgame Dios! Pues tira por otra calle.

—Está bien, señorito. ¡Arre, caballo!

El carruaje prosigue su camino, dando un forzoso rodeo por causa de aquella interrupción inoportuna.

A todo esto yo me iba quedando frío, porque entraban por las portezuelas unos aires nacionales, imposibles de resistir. ¿Como que le faltaban al coche casi todos los cristales y estaba escrito que mi salud había de pagar los «vidrios rotos.»

Gracias á que con el movimiento inaguantable y el ruido infernal del vehículo, no me enteraba bien del vienteito reinante.

De lo que me enteré fué de que íbamos por calles muy extrañas al camino recto.

—¡Cochero!

—¿Qué se ofrece?

—¿A dónde diablos me llevas?

—¿No me ha dicho usted que á la estación del Norte?

—¡Hombre, no! Al barrio del Pacífico. ¿Es que estás borracho?

—Si, señor.

—Volvi á mirar el reloj. Eran las siete.

—¿Quiéres avivar el paso?

—No me da la gana, señor mio.

Ya me va usted cargando demasiado.

—¡Insolente! Tras de que esto es una carreta insoportable...

—Pues ponga usted carruaje propio.

—Pára, pára, que me voy á bajar.

—¡Sooooo!

—¿Qué escándalo! Toma; una peseta y un real de propina.

—¡Vamos! ¡No se quedará V. pobre! Me río yo de estos señoritos de chistera que le largan á uno cinco perros de propina, como si uno fuera un «méndigo.»

—¿Pues qué quieres? ¿Qué te dé cinco duros y te abraza, y le dé al caballo las más expresivas gracias porque no se ha desbocado y me ha roto el alma contra un farol!

A las ocho de la noche llegaba yo echando chispas, á las tapias del jardín de don Sisebuto.

Ya no me esperaba mi Paneracia, seguramente.

El negocio estaba perdido, y no es extraño que las palpitaciones de mi corazón se oyeran desde Marruecos.

Salté la tapia... y no encontré á mi entrañable Paneracia. A quien encontré fué al jardinero, que gritando: «¡Ladrones! ¡ladrones!» me apuntaba con la escopeta.

Excusado es decir que escapé de allí como alma que lleva el diablo. Cuando llegué á casa me encontré con una esquela que decía así: «He hecho el sacrificio de esperarle á usted, bajo el alcornoque, hasta las seis y veinticinco.» ¡Sacrificio inútil! No piense usted más en mí! Ha vencido en mi corazón su rival de usted Pepito Vientreclaro, que es un modelo de puntualidad... ¡Hasta nunca! —Paneracia Somormujo.»

¡Y todo por aquel maldito «simón», fiel reflejo de casi todos los de su casta!

Después de lo ocurrido, figúrense ustedes el cariño que tenré yo á los coches de punto.

¡Cargados de dinamita los quisiera ver yo!

Juan Pérez Zúñiga



Volaba mi coche en compañía de todos los que formaban el convoy, arrastrado por la impetuosidad de la locomotora; viajábamos en él, un señor ya anciano y yo; los dos arropados en nuestras mantas y con los pies colocados sobre los caloríferos discutíamos y hablábamos de literatura, de música y del refinamiento en los gustos sobre estas bellas artes en el suelo español.

Cesó nuestra conversación al poco rato; la noche se echaba encima y el peso de los años de mi compañero de viaje le obligaba á arrellanarse en el coche y prepararse á pasarla lo mejor posible.

Jamás pude yo, ni puedo, ni creo que podré conciliar el sueño en el ferro-carril; el ruido de sus ejes, de sus muelles, y la trepidación de los coches excita mis nervios y me desvelan.

Me senté junto á la ventanilla; la noche estaba oscura, muy oscura, tan solo se percibía un pequeño espacio de terreno que era el iluminado por la luz de mi coche al pasar; estaba pensativo y triste, recordaba la despedida de mi ama-

da y sus ojos llenos de lágrimas; pensaba en mi patria chica, en la felicidad que allí yo disfrutaba; y el tren corría con más velocidad temiendo tal vez, que yo arrepentido de mi marcha, pretendiese volver; pero no, me separaba, me iba muy lejos para *hacerme hombre*; ahora marchaba en el tren, luego tomaría el vapor y cruzaría el Atlántico; iba por riquezas, y más allá de los mares pretendí buscarlas; y así fué, llegué á Coilan, trabajé durante algunos años y cuando tenía *asegurada mi vida* de hombre honrado volví á pasar el Atlántico, tomé de nuevo el tren que me había de conducir junto á la que amaba y de la misma manera que cuando me separaba de ella arrastrado mi coche por la misma furia de la locomotora, que ahora, parecía que pretendía acercarme con más deseos que algunos años antes consiguió separarme; llegué á mi pueblo, es decir, descendí del tren para tomar la diligencia que me había de conducir á él, y así lo hice:

Iba completamente fatigado; el viaje continuo de dos días y dos noches, tenía á mi cuerpo molesto y cansado, por más que le alentaban los deseos de llegar, y la energía y vida de los veinte y cinco años.

Caminábamos á una velocidad bastante acelerada, daba pena ver arrastrar aquel pesado coche, por aquellos caballos flacos y enfermos, echando espuma por las bocas y con las orejas echadas atrás como para dar impulso á su carrera, el mayoral, de un modo cruel daba con su látigo sobre los lomos de los pobres animalitos, yo sufría al ver aquel tormento á el que injustificadamente les sometían.

Llegué á la plaza de mi pueblo, mi familia me esperaba, pero todos estaban tristes, tal vez alguna noticia desagradable me esperaba también.

En efecto: me participaron la muerte de mi Laura, y me dieron su carta de despedida, la lei y solo decía, *Ramón*; este nombre estaba escrito con mano temblorosa, y seguramente cadavérica:

Aquello era su despedida, ¡pobre Laura!

Sigfrido.

Valencia, Marzo 1907.

## De Sociedad

El domingo en la noche asistimos á una velada que en casa de nuestros es-



timados amigos los señores de Subiela (D. Carmelo) se verificó, y para la cual fuimos galantemente invitados por medio de unos elegantes «carnets».

El salón teatro, profusamente iluminado, lo ocupaba distinguida concurrencia; de ella recordamos á las señoritas Mercedes Ortiz; Dolores López; Lola Zerón Adela y María Payá; Agustina García; Rosario Vidal, Fuensanta y Pilar Alonso; Irene Tormo; Dolores Villalba Carmen Garrigós.

Señoras de Romero Rufo, Garrigos; Tormo, Payá; Gandía; García Guillén; Larrosa; Bellido; Correa, Vidal; García y otras muchas que sentimos no recordar.

La primera obra que en escena se puso fué la comedia de Vital Aza «Sueño Dorado», en esta, se distinguieron las preciosas señoritas, Larrosa y Subiela (Mercedes y Carmen), si bien es verdad que sobre todo esta última, nos resultó una «petit» artista, demostrando durante la representación de esta obra, que «tiene madera»; muchos y merecidos fueron los aplausos que cosecharon: El «genero feo» cumplió con el trabajo que les estaba encomendado.

«Perros y Gatos», de José Estremera, fué la segunda del anunciado programa. Muchas cuartillas habría de emborronar si había de decir algo de la interpretación que dio á su papel la bellísima Mercedes; en ella no sabíamos que admirar más, si el arte del que hizo derroche, (sobre todo en el mutis) ó su hermosura; tengo la completa seguridad, que más de uno de los concurrentes, se hubiese, convertido de buena gana en el esposo amante, aun á trueque de tener que retirar varias veces la luz. María Larrosa que á pesar de caracterizarse como buena artista, no pudo conseguir hacer de ella parecer bajo los tiznes, sus bonitas facciones de un conjunto angelical, arrancó del auditorio muchos aplausos que con justicia ganó, pues María «sabe y conoce» los resortes «para los» efectos «escénicos». Carmencita Subiela y los jóvenes Vidal y Gandía, oyeron muchas palmas que con justicia les tributaron sus oyentes.

«Los Baturros» fué la zarzuela que puso fin á la fiesta. ¡«Rediez!» que baturra nos hizo Mercedes Subiela; si yo fuera capaz de ser injusto, para vengarme de cierta «mala pasadilla» que me hizo, no diría que, naciendo en las entrañas de Aragón, no hubiera interpretado mejor el papel de «amante de la Pilarica» ni hubiera cantado mejor la jota «aquella de».

Si me robas el cariño  
pártelo por la mitad  
que la otra mitad la guardo  
pa mi virgen del Pilar.

Muy bien María Larrosa, en su papel de marquesa «grave», las simpatías que goza esta señorita, se las tiene ganadas con exceso y buena prueba de ello son los aplausos que sin cesar le tributaron.

El «baturro», lo cantó Sánchez con mucho gusto y en el desempeño de su importante papel, demostro una vez más «que trabaja»; Vidal, en el «baron», Lacárcel en el marqués y Tormo en su corto papelito, demostraron su buena afición, por lo que fueron muy aplau-

didados, sobre todo el primero, que tuvo que repetir el solo de Barítono que cantó muy bien.

La bella señorita Mercedes Ortiz, ejecutó al piano, algunas composiciones, con mucho gusto y arte, siendo esta premiada por los concurrentes, con muchas alabanzas y repetidos aplausos; no escasearon estos para los señores Cebrian y Rogel que estaban encargados de el violín y piano respectivamente.

Los señores de Subiela acompañados de su bella hija Esmerilda, hicieron con su habitual distinción los honores de la casa.

Un aficionado.

## JOSE ROMAN

Corredor de Comercio, colegiado

Ofrece su despacho Corredora 26 y en la Sucursal del Banco de Cartagena de esta ciudad.

Se despachan toda clase de negocios mercantiles con prontitud, reserva y economía, todos los dias laborables.

### El espejo del alma

CONTINUACIÓN

II.

¿Dónde está el mágico espejo  
Que dé formas á la idea,  
Y que de las almas sea  
El más exacto reflejo?

Yo con él podré saber  
La pureza de su amar,  
Yo en él podré contemplar  
La pasión de esa mujer,

Un espejo sobre humano  
Que retrate el sentimiento,  
¿Dónde está? Por un momento  
Quiero tenerle en mi mano,

Una parte de mi vida  
Diera por él.

—¿Mientes?  
No.

—Pues yo le tengo: gritó  
Una voz desconocida:

III.

—Dame el espejo  
—Aquí está:

—¿Retrata el alma?  
—Sí á fe.

—¿Yo el sentimiento veré?

—El cristal lo pintará.

—¿Qué quieres, ángel caído?

—Nada quiero, en tu demencia  
De tu mísera existencia  
Una parte has ofrecido....

—Es cierto.

—¡Vana locura!

Basta á la venganza mia  
Sentir la inmensa alegría  
De gozarme en tu amargura.

IV.

—Llega, llégate á mirar  
En este espejo, mi bien:  
Como tu rostro también  
El alma va á retratar.

—¿Estás loco?

—No por Dios,  
Deja que estreche tu talle,  
Porque así en el cristal halle  
El reflejo de los dos.

¡Ay! es tan dulce querer  
Y ser querido! ¿Verdad?  
¿Hay otra felicidad  
Que el amor de la mujer?

Acércate, el corazón  
Ver un prodigio desea:  
Bendita, bendita sea  
Tu pasión y mi pasión.

Acércate, mira, mira,  
Tu alma, ... tu amor, ... hélos, sí, ...  
Más, ¿qué estoy viendo? ... ¡Ay de mí! ...  
¡Todo es mentira, mentira!

Adios, ensueños de amores  
Que habeis mi vida halagado,  
Adios, mujer, que me has dado  
Un infierno de dolores.

No sé maldecirte, no,  
En mi amargo desconsuelo;  
¡Quiera perdonarte el cielo  
Como te perdono yo!

—¿Señor, ten de mi piedad!  
Gritó la joven turbada:  
Y una horrible carcajada  
Resonó en la inmensidad.

Tendió el amante los brazos  
Y al espejo se lanzó;  
Pero su cristal saltó  
Roto en menudos pedazos.

Turbóse el doncel; á poco  
La risa del ser maldito  
Volvió á escucharse: dió un grito  
El joven: estaba loco.

Rafael Blasco Moreno

### INFORMACION

La nueva Diputación provincial de

Alicante la constituirán diecisiete diputados liberales y once conservadores.

De los primeros doce son demócratas y los cinco restantes moretistas.

En las noches del domingo, lunes y martes, abrirá sus puertas nuestro coliseo, en el que se van á dar representaciones de películas cinematográficas.

Se encuentra entre nosotros, procedente de Valencia, el joven estudiante de medicina D. Eugenio Pina.

Con la enfermedad reinante, están atacados, la señorita Angeles Gutiérrez, los niños, Antonio Rogelio Rufo; María Teresa Lizón Senante; Aurelito y Paco García Gutiérrez.

Y mejorados y curados de la misma enfermedad la señora D.<sup>a</sup> Antonia Rey mundo, D.<sup>a</sup> María Pacheco; D.<sup>a</sup> Rosalía Senante; D.<sup>a</sup> Vicenta Rufo y D. Salvador Meca.

Ha sido nombrado representante en esta ciudad de la Biblioteca «Patria» nuestro buen amigo D. Manuel Carrió.

La suscripción cuesta doce pesetas anuales, pudiéndose pagar á los corresponsales, por mensualidades, trimestres ó años.

Ha dejado de existir, y fué conducida á la última morada, ayer mañana, á las diez, acompañada de numerosos amigos la virtuosa señora doña Isabel Alfonsa Grao, madre de nuestro estimado amigo D. Luis Gil. Tanto á éste como á su familia acompañamos en el justo dolor que hoy pesa sobre sus corazones y les deseamos el lenitivo suficiente para aminorar tan rudo golpe.

El jueves después de hecho el escrutinio general de las elecciones para diputados provinciales, verificadas el día diez, fueron proclamados los candidatos D. Federico Linares, D. Francisco Ballesteros Meseguer, D. Francisco Gallud y D. Vicente Sorribes.

### CHARADA

Mi «prima» repetida  
dice el niño al pronunciar,  
y también dice «segunda»,  
y dice «cuarta» al hablar.  
«Prima» y «segunda» se aplica  
bien de hierro ó cordobán,  
«Tercia» y «cuarta» causa daño  
si le antepones la á.

Con la que sea «prima-cuarta»  
no te tengas que casar,  
porque tendrá «cuarta» y «prima»  
y eso no te ha de gustar.

Un politico es mi «todo»  
que vive en puerto de mar.

Z.

Imp. de L. Zerón.



